

Es rasgo sobresaliente de los regímenes totalitarios que ni crisis de gobierno ni de decadencia consiguen sacudirlos, en tanto que las inmundicias administrativas y las luchas intestinas del poder comprometen la estabilidad de cualquier gobierno democrático. Es que en aquellos regímenes el país todo está enfermo; lo de abajo, lo de arriba y lo intermedio padecen el mal. En la democracia la libertad asegura un lugar o sector de reserva para las horas de recambio. En el totalitarismo la crisis de decadencia gubernamental y hasta el grave fracaso económico, dejan insensible al pueblo, cuya desgastada emoción mide la hondura del doloroso padecimiento.

Así se explica nuestro hora argentina, que se nos presenta con turbiedad de confusión y enredo y galimatías de caos. El gobierno está en crisis; se ha desprendido de su columna fuerte o mago de las finanzas, sin explicar motivos ni apuntar rumbos. Arrojó al canasto de los limones exprimidos a dos eminentes prohombres, autores en comandita de la "reforma económica" del "movimiento". Los nuevos limones exprimidos no han quedado, sin embargo, exentos de jugo.

Por el matadero oficial de los sacrificios ha pasado toda clase de figuras; el régimen tiene sed de sangre partidaria. Ya no están en las alturas los autores de la Revolución, ni los ministros de la primera, segunda y tercera hora del gobierno de facto. En el olvido yace el otro montañés, el cóndor andino que parecía ser uno con el sobreviviente. ¿Extrañará que si fueron sacrificados los autores de la revolución y los entregadores del "triunfo" electoral de 1946 sean igualmente arrojados los fautores del plan inflacionista quinquenal, industrialista, expoliador de los agrarios?

El regalón del Presidente ha sido expellido; pero puede reaparecer con alguna mención honorífica, alguna medalla y un ejemplar del sable corvo. Cuando un coronel, secretario de industria y comercio, preparó una conspiración contra Perón, en tiempos de Farrell, Miranda fué de los confabulados. Representó a la industria y el comercio en las denuncias de los graves males producidos por Perón; integró la gran comitiva y el pequeño comité que presentó quejas coordinadas con el coronel Baisi, quien muy pronto sería eliminado violentamente. Después, Miranda trabajó con Perón y por Perón; y con Maroglio y Lagomarsino, según confesó en un discurso, planeó la gran reforma económica sin la cual nada vale la reforma verbal... Ahora, medita en la costa uruguaya sobre lo transitorio de la gloria mundana.

Deja al país arruinado en sus finanzas y con una economía caótica. Empapeló al país, dilapidó el oro, enriqueció a los amigos, explo-

Certaldo, buen nombre para un mercader florentino; que Stendhal era Enrique Beyle; que el diabólico Lautreamont era Isidro Ducasse; que André Maurois es Emille Herzog; que el verdadero nombre de Apollinaire era Kostrowisky.

Me imagino que los que adoptan un pseudónimo comienzan a vivir, desde el momento en que abandonan el nombre con el cual se han visto crecer, una vida pirandelliana, un dramático desdoblamiento. Enrique no quiere ser, ya pasados los cuarenta años, un *Difunto Matías Pascal*.

Por lo aquí descrito a tan rápidas pinceladas, diríase que la vida de este artista ha venido transcurriendo en un teatral desorden.



Hombre prevenido

Por Tristán.

Don Miguel.—Yo "me las pico" antes de que reviente el globo...!

(La Vanguardia, Bs. As.)

tó a los agrarios, denigró a los extranjeros, suprimió la ley y la moralidad en el gobierno, desarticuló la producción, arruinó el transporte, manejó miles de millones de pesos sin control, no estimuló la construcción de viviendas, de escuelas, de caminos, de obras perdurables de paz. Habló un lenguaje procaz y cínico y se dirigió a naciones extranjeras como lo haría el tesorero de una banda. No construyó casas a menos de 100 pesos el metro cuadrado de superficie cubierta que nos prometiera; por el contrario, la edificación —la gran industria nacional— no puede construir sino a 600 ó 700 pesos el metro cuadrado. Pero el Sr. Dictador sale con su fortuna crecida fuera de los límites aceptables por normales en un hombre dedicado a la industria.

La producción en todas sus manifestaciones padece trabas y sufre persecuciones. Los agrarios, industriales y comerciantes saben hasta dónde ha llegado el desorden, el caos y la indisciplina. Los servicios públicos están derruidos; los ferrocarriles se hallan amenazados de sucumbir en manos de la impericia técnica

Pero nada menos cierto, que su vida está regida por un maravilloso orden espiritual y creador. Lo que hay en él es angustia, lucha por alcanzar la conquista de sí mismo. Es una vida personal, propia, cuyas diarias experiencias, cuyo arduo desenvolvimiento, cuyo difícil rumbo, son intransferibles. La propia vida, con su secreto imperio, con todo lo que tiene de dolor y de alegría, es la única propiedad sagrada. Pero hay que saber ser dueño de ella. Hasta los momentos más tremendos y oscuros de nuestros días, hasta esas horas en que nos hemos visto caer en húmedos rincones negros, en medio de los harapos de la pobreza, propia o ajena; en que nuestros ojos han estado fijos en los muertos; en que la más desolada triste-

La organización del desorden

(Es un editorial de *La Vanguardia*. Buenos Aires, Febrero 1º de 1949).

ca y en la práctica de su administración es como la de un gran partido político donde se ensayan los peores vicios y favoritismos de la política criolla. Correos y Telecomunicaciones sufren las consecuencias del caos: atraso e inseguridad en los servicios, desaparición, por robo, de la correspondencia; violación de la correspondencia, espionaje de las comunicaciones epistolares. Falta de agua en la ciudad de Buenos Aires y en el Gran Buenos Aires. Las calles de la capital jamás han visto tanta basura acumulada en el pavimento.

Alguien quiso producir el caos para ser luego su piloto obligado. ¡Ha logrado lo que se propuso! Jamás caos igual, desorden y confusión semejantes han creado tanto sentimiento de inseguridad en la parte más consciente de la población. El país ha sido sacado de quicio. Todos fueron arrancados de su órbita; todos giran excéntricamente, demoníacamente, sin conciencia del peligro. El nihilismo gobernante ha desquiciado todo, y la gula venal aparece tanto en el humilde concejo municipal como en las antecámaras de la presidencia.

Económica y políticamente parecemos un país depredado. Faltan manos abstinentes en el gobierno de la cosa pública.

Junto con el desorden se dibuja la clandestinidad: ¿Qué ha pasado en la dirección económica? No se ha dicho la verdad, pero algo grave debe haber sucedido. Lo mejor es considerar —como lo ha hecho nuestro colega *El Socialista*— que el gobierno tiene conciencia del fracaso de la política económica seguida hasta ahora. ¿Por qué se van Maroglio y Miranda? ¿Cosas de inter-vivos...?

Y mientras el caos sigue su obra de disgregación, la Convención constituyente nos da la triste impresión que reflejamos en otro lugar. Será sancionada la Constitución ya impresa según denunció hace poco la mesa del C. E. del Partido Socialista.

¿No cambiará de rumbos el gobierno? No lo creemos. Todo hace pensar que seguirá en su tarea de embrollar cosas y mentes. Ya habla de sabotaje, y culpa a los trabajadores de la situación económica. Es que seguirá su derrotero totalitario, sustancia y fin de su poder.

El gobierno buscó el caos y lo produjo. Puede presentarse a justo título como el supremo organizador del desorden.

¿Cómo reaccionar ante tanto mal? Sólo promoviendo las fuerzas de la creación ordenada y pacífica y de la convivencia fecunda,

za nos lleva por turbias alamedas crepusculares, son solamente nuestros, profundamente nuestros, definitivamente nuestros.

Enrique Labrador Ruiz anda en busca de sí mismo y de su propia muerte. Ese afán de viajes, de ver el mundo, de verse en el mundo, rodeado por las cosas de aquí y de allá, de añorar lo lejano y alcanzarlo y luego buscar lo que de nuevo está distante, es para él una dolorosa tarea que cumple para ver su vida, y para dejar en sus novelas y cuentos un testimonio de que él, como hombre, ha existido. Este escritor que se siente esperado por la muerte, que siente la angustia que la muerte nos impone, quiere llegar a ella ofreciéndole una existencia plena, creadora.